

*Librería*  
“CUESTIONES  
CON  
LA VIDA”

*ofrece*

*el placer  
de la lectura  
y la obra de*

**VICTORIA  
de  
LORENZO**



Charcas 3828  
1425 - Buenos Aires

En estos relatos apoyados en la realidad **VICTORIA de LORENZO**, escritora argentina actual, muestra particularidades humanas exhibidas con atractiva calidad literaria. Gracias a la acertada disección de los personajes su interior sale a la luz y permite al lector verlos en su esencialidad, aunque sigan distantes, introvertidos y solitarios. Caudalosa en conceptos pero con la brevedad del cuento, la autora aparece como narradora segura y se sirve de su condición de poeta para cinzelar un fraseo claro, elegante y de riqueza verbal.

En esta separata se publica material de su libro **Los colores del miedo** de la Editorial Eleusis.

Correspondencia con la autora:

Aráoz 1947, piso 5º B y C  
1425 - Buenos Aires      Tel. 862-8677

Recientemente publicamos a los escritores:

EMILIO COMAS PARET	RUBINSTEIN MOREIRA
TERESA CARMEN FREDA	AMANDA PATARCA M.
CARMEN GARBARINO	JORGE SARAFIAN
CARMEN HÉBE TANCO	

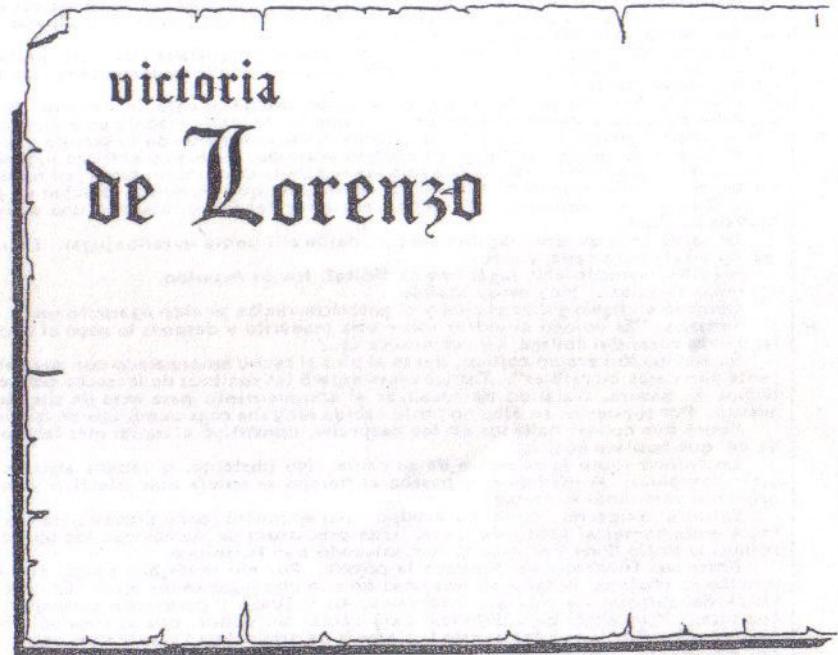
Director de la colección :

CARLOS PENSA  
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"  
1193 - Buenos Aires - Argentina  
Tel. y Fax: 88-2552 (las 24 hs.)

Distribución mundial (ipidalo)

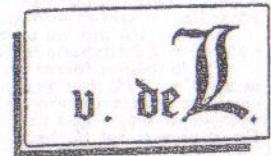
21

todo es **Cuento**<sup>®</sup>  
y



colecciónable

Agosto de 1994



## COLLAGE

*Mi pecado no era ésto o aquéllo. Mi pecado era haber dado la mano al diablo. "Demian"*  
Herman Hesse

Detrás de la ventanilla del ómnibus, el sol en ocasas pintaba el cielo en amarillos y naranjas, azules y rojizos, repitiendo su sinfonía de arco iris. Miró el cenit: allí estaba la suprema belleza. En la mezcla sabía de esos colores; todas las armonías.

Al bajar del ómnibus lo vio brillar en la vereda. Hacía tiempo que buscaba algo así. Al contraste con la luz reflejaba pequeñas llamas de fuego. Se acercó y le puso el pie encima; se agachó con disimulo como para atarse los zapatos y lo levantó. No era más que un pedacito de vidrio, resto de algún frasco o recipiente. Al golpe con la uña, cantó.

No tuvo dudas se trataba de legítimo cristal. Loco de contento lo examinó. El color intenso entre azulino, amarillo y rojizo (sus tres colores obsesivos) le recordó otra concordancia a las que tenía que ver juntas para apreciar totalmente su ubicación. Lo deslizó con delicadeza en el bolsillo.

Recordó... ¡Tus enormes bolsillos de payaso!... ¡Hasta cuándo los vas a usar como basurero!... ¡Ya sos grande, Gerardo! "Manía de topo", repetía la abuela. "Manía de tacaño!", diría años después Celia, su mujer.

Se preguntó durante mucho tiempo por qué les disgustaba tanto que juntara sus tesoros donde los hallaba; hasta que renunció a explicárselo: simplemente tenían una manera distinta de ver lo útil.

Cruzó la Avenida de Mayo; sin apuro se encaminó al café de siempre. Sólo se impacientaba de ocho a diez de la noche. Durante las horas de trabajo en el banco, no se permitía ninguna escapada a la fantasía. Disipando la embestida de su secreta pasión.

Miró por la ventana del bar: ya estaban Arnoldo, Damián y el Flaco jugando al truco. Entró sintiéndose protegido, aferrando a los tiés de la costumbre; sabía por experiencia que no hay nada mejor que llevar una vida anodina para que los demás lo dejen en paz.

—Qué hacés, Gerardo?... El saludo encuesta del Flaco, mereció una subida de hombros de su parte.

Se sentó solo en una esquina del bar; desde allí podía mirarlos jugar. El truco sin florero no servía para nada, pensó.

—Ché, Gerardo. ¡No jugás una partidita? Invitó Arnoldo.

—No, Gracias... Hoy estoy molido.

Compró el diario y con el café y el sandwich recién servido aparentó leer. Pensaba: "Si coloco el vidrio sobre una maderita y después lo pego al telopor, entre las demás cosas del collage; tal vez resultaría..."

Su habitación era un collage, desde el piso al techo empapelado con sus hallazgos. "La gente tira cosas increíbles". Tantas veces esperó las sombras de la noche para expulsar los tachos de basura, tratando de localizar el complemento para otra de sus obras de gran aliciente. Por supuesto, en ésto no tenía cabida ninguna cosa comprada en las tiendas.

Sobre dos cueros hallados en los basurales, construyó el mural más fabuloso y colorido del que hubiera noticia.

Lo colocó sobre la cabecera de su cama. No obstante, le faltaba algunas piezas para estar completo. A medida que pasaba el tiempo se volvía más selectivo y más difícil: le resultaba completar su trabajo.

Estudió taxidermia como curiosidad. No encontró razón precisa para esto, hasta que logró embalsamar al gatito de Celia. Una preciosura de siamés con los ojos azules y marrones; se sintió Dios o el viejo Orfeo, salvando a su Perséfone.

Entre sus frustraciones figuraba la poesía. Por eso se negaba a jugar al truco. No soportaba la chatura, la falta de imaginación con que jugaban los otros. El necesitaba la estética del poema; no podía concentrarse en el juego y perdía sin conseguir terminar la cuarteta... "Un ángel bajó del cielo para cantar sin pudor: que el viaje sólo lo hizo para traerme esta flor"... ¡No servía! Carecía de originalidad y sobraban palabras. Así que por ese lado no quiso insistir.

Las formas, las bellas formas! Claro, que tal vez su sentido de lo bello difería común. A él lo bello lo conmovía si por algún motivo se producía una quebra en lo habitual. Celia, la que fuera su mujer, se encontraba entre esos cánones— "El azar ha jugado a las simetrías, al contraste, a la desigualdad." al mirarla recordaba con unción las palabras de Borges.

La belleza vulgar y trillada no tenía nada que ver con ella: hasta para algunos era decididamente fea. Se lo leyó en la cara de los amigos cuando se la presentó: muy flaca, hueso largo: no en desacuerdo con las piernas por demás cortas. La nariz grande y con puente encorvado, los labios finos y apretados. El día que la conoció —comprando en una tienda— le pasó lo mismo que a todos: la vio fea. Hasta contrahecha.

Fue cuando quisieron pasar los dos juntos por la misma puerta, en que él se disculpó... Y ella relampagueó los ojos; uno totalmente azul y el otro castaño rojizo con una mancha amarilla, brillante como un toque de sol en el centro.

Siendo tímido para todo lo que fuera trato social, se volvía audaz cuando la fiebre del coleccionista atisaba la presa.

De la misma forma en que esperó por años a que se rompiera el jarrón de porcelana de la abuela... ¿O fue él quien lo corrió un poco hacia el borde? ¡Bah, lo cierto es que se cayó: la consternación de su madre al tirar los pedazos a la basura, no le ahogó la dicha de escoger el trozo que más deseaba: un dibuillo con hocico de cerdo y orejas puentagudas. En el colmo del barroco la habían puesto flores en la boca con los colores del espectro...

Se puso a hablar a Celia, aceleradamente, sobre el extraño privilegio de poseer los ojos disímiles. Ella al principio creyó que se burlaba: toda su vida odió la impresión que causaba en la gente la disparidad de sus ojos. A Gerardo alto y delgado, con lentes que no empañaban la belleza de sus ojos oscuros, no le costó convencerla de que todo en ella era distinto y por eso mismo único y deseable.

Se casaron. Celia llevó al matrimonio el resentimiento de su fealdad.

Fue gruñona y de mal carácter; no vivió tanto, de todos modos, como para hacerle la vida imposible.

Cuando limpiaba su habitación (no permitía que nadie lo hiciera por él) sentía al muro como su cúpula sextina. En ella infierno y paraíso mostraban su exacta realidad. ¿Acaso Gauguin no dejó en las paredes de su choza en Tahití su mejor creación? Asumía su obra con dedicación última; después de eso, nada había de importante. A los cuarenta años Gerardo Michelli, gestaba su entrada en la gloria.

"Esa mano de Nereida, duro trabajo que me llevó todo un año de limado furtivo en el parque Tres de Febrero, puesta en una de las patas del dragón toma un aire Kitsch, realmente seductor. Asimismo la conjunción de colores con el predominio del Arco Iris repetido al infinito, cumple cabalmente mi propósito... ¿Lo cumple realmente o aún debo seguir mi búsqueda?"

Las diez de la noche. Dobló el diario, pagó el café, palmeó al Flaco. Saludó con un gesto al grupo enfascado en el juego y salió.

La calle silenciosa a esa hora, aumentaba el sonido de sus pasos, ansiosos por llegar. Cruzó la calle.

En la puerta de calle del viejo edificio de departamentos donde vivía saludó a los vecinos... ¡El chau, don Gerardo! del pibe del quinto piso; un chico cromático, pelirrojo, con orejas puentagudas y ojos azulinos: fascinante para su estética de lo extraño, lo estimuló a tocar el pedacito de cristal; incandescencia que sintió en la punta de sus dedos.

Entró a su departamento: sórdidos murmullos, vagos deslizamientos, habitualmente le erizaban la piel. La vieja casa gemía por goznes y maderas ressecas... O por una impalpable legión de gnomos que vinieron a ocuparla el día que murió Celia, hacía ya cinco años.

Estaba excitado... No prendió la luz hasta llegar al dormitorio. Con deleite acercó el trocito de cristal al mural encima de la cama: tal como él pensaba; hacía un lindo juego con los ojos de Celia...

## EN LA CAVERNA

Oye, oye, pequeño moscardón, ¿quieres ser mío?  
Thomas Mann

L a oscuridad larga e imbricada de sombras movedizas. Hacia el final la luz: un destello mortecino e indeciso que apenas lo guilaba por ese dédalo de madera y cuero.

Ho habría lágrimas, podía sentir el murmullo en sordinas y las palabras que cambiaban mudadas por el horror.

Se negaba a sí mismo la obligación de mirar... ¡Total para qué! A quién le importaba una violación o un crimen más. Se habían dado cita tantos en su vida, en tanto tiempo.

Las paredes recepcionaban las voces, los gritos. La sangre corría tiñendo de púrpura el cuerpo blanco y desnudo de la muchacha de turno.

Estaba seguro que aunque se ocultara, ellos se quedarían agazapados en la penumbra, al acecho de algún descuido suyo, prontos a aparecer en la retina del ojo, en cuanto levanta un segundo la vista del piso.

Tal vez mañana se trocara ese espanto y la risa lo sacudiera como a todos. Pero... ¿Quién podía estar seguro? Hoy la elección es difícil; y el crimen paga con su estremecimiento sensual a flor de piel. ¡Qué dudarlo!

Estaba cansado, vivía como un topo, permanentemente en la oscuridad. Penetrado en el lóbrego pasillo: un útero perfilado en la noche lo acercaba a un arcano desconocido, aunque vivido por él casi a diario.

Nacer sería eso —pensaba— descender en las sombras hasta que la luz lo hiciera gritar por el dolor.

En la caverna: el símbolo de Platón adquiría realidad; hombres encadenados que sólo miran lo que está adelante. Por detrás el resplandor del fuego eleva por encima de ellos figuras de hombres y animales de mil formas diferentes. Semejante al biombo que los titiriteros levantan entre ellos y por encima del cual exhiben sus fantoches.\*

¿Filosofía o precognición...? se preguntaba.

El cuchillo amenazó sobre su cabeza, en un parpadeo captó el momento e instintivamente se agachó para esquivarlo.

Era el fin. Las luces encendidas de pronto, los pasos sobre la alfombra... Y el murmullo terminado en un prolongado bostezo.

Fue cerrando las puertas. Guardó la linterna.

Mañana era 10 de Mayo. Felizmente no había función...

\* de "La República" - Platón.